

EPILOGO DEL LIBRO

“HUMANIDAD DEL PORVENIR”

POR CARLOS MALATO

Las gentes que por mala fé o por crasa ignorancia se empeñan aún, en los tiempos que corren, en encerrar todas las ideas de emancipación social y moral entre las cuatro paredes del mundo presente, harán bien en leer y en meditar (si de ello son capaces) el hermoso libro del Dr. Enrique Lluria: La Humanidad del porvenir.

Jamás aparecieron como en esta obra, aliados en tan estrecha y feliz conjunción, los datos irrefutables de la ciencia positiva y las especulaciones ideales por los amplios horizontes del progreso futuro.

Ya en un magnífico, trascendental, sereno estudio anterior, — Evolución super orgánica— Lluria, enlazando los trabajos de los más aeminentes biólogos, tales como Lamarck, Darwin, Haeckel, a los trabajos de los grandes pensadores y sociólogos y singularmente de Herbert Spencer, proclamó, en nombre de la ley de evolución que rige a todos los seres, la muerte del régimen capitalista y el advenimiento de la socialización de la naturaleza, mediante el hombre emancipado.

La Humanidad del Porvenir es el complemento natural de esa primera obra. No se trata de las profecías de un místico resolviendo los problemas sociales por la fé y la esperanza, substituyendo con frases efectistas y con sorprendentes metáforas la falta de ideas concretas y bien averiguadas. Se trata, por el contrario, de decir en un estilo que tiene el mayor de los méritos, la claridad, como la Humanidad, que es un resultado de la evolución orgánica, sometida a las leyes de la mecánica universal, está llamada a realizar su desenvolvimiento esplendente, prodigioso y al mismo tiempo lógico.

«Todo progreso es la negación del punto de partida» dijo Bakunine, mostrando para probarlo el ejemplo elocuente de la planta, cuyas raíces se hunden en la tierra y se abonan por el estiércol, para concluir al cabo en la triunfante exaltación de la flor, que esparce al aire libre su embriagador perfume. De la misma suerte, Lluria expone y demuestra que a la humanidad inconsciente y bárbara del pasado, sucederá, por un processus natural, la Humanidad armónica y venturosa del porvenir.

¡El porvenir!, Este futuro, digámoslo con regocijo, no es el del año 3000.

Eso sería una cruel ironía, eso valdría tanto como encararse con el miserable, con el desheredado y decirle: «¡Consuélate! ¡Calma tus gritos de agonía! ¡Ahoga tus ansias de revolución!. La raza de tus prójimos será feliz... dentro de unos cuantos siglos». Tanto valdría, repito, como perpetuar la fábula religiosa de la redención y de la gracia divina, ¡después de la muerte! No; Lluria evoca, y tiene en su favor infinitas probabilidades de acierto, un porvenir mucho más próximo. Y, ante todo, hay que darle el más entusiasta parabién por haber proclamado muy alto la importancia primordial del problema económico.

Claro es que toda la cuestión social no se reduce a una simple cuestión de estómago; pero no puede haber desarrollo intelectual, progreso moral, perfección, allí donde subsisten la miseria y el hambre.

Entrevé Lluria, en una de sus intuiciones prodigiosas, como fecha aproximada la de 1925, para que el completo desenvolvimiento de las sociedades obreras (cooperativas de consumo y cooperativas de producción) permita alcanzar un incremento lo bastante poderoso, y especialmente en los Estados Unidos y en Inglaterra, para englobar en una sola gran federación nacional a los trabajadores de cada uno de esos países. Poco después esas federaciones se aliarán, se entremezclarán, convirtiéndose por su fusión, de nacionales en internacionales. De lo cual se deduce lógicamente, fatalmente, la desaparición del comercio intermediario interesado, pero no escrupuloso, entre el productor y el consumidor.

Vender, comprar, engañar, falsificar, enriquecerse arruinando a los demás todos esos errores del mercantilismo actual, desaparecerán el día de la transformación comunista de la sociedad. Las asociaciones, al progresar en número, en fuerza y en medios de acción, al asimilarse un valioso personal de técnicos (que hoy está aún fuera del movimiento económico obrero y que mañana se verán atraídos y arrastrados por él), organizarán la producción sobre bases nuevas, amén de multiplicarlas en términos increíbles. ¿Qué pensador digno de ese nombre no se ha sublevado alguna vez contra el ilogismo bárbaro que en la sociedad de hoy organiza la producción, no según las necesidades de todos, sino para los beneficios de algunos, y deplora la sobreproducción como un mal porque el mercader venderá menos caro? ¿Y pensar que a la puerta de los grandes almacenes abarrotados de vestidos y de calzado, pasean como almas dantescas una muchedumbre de desventurados sin camisa y sin zapatos.

Mayor aún, mil veces mayor será esta sobreproducción cuando la Humanidad, según la frase feliz de Lluria, habrá socializado la

naturaleza, que es su patrimonio propio. Y cuando esa hora llegue, nadie tendrá de que quejarse, porque el producto-consumidor, substituyendo al acaparador-capitalista de hoy, podrá tomar lo necesario y aún si le viene en antojo, lo supérfluo. ¡Todo al fin, será de todos!

Hartos siglos dura ya esta injusticia de que la parte más numerosa de la especie humana trabaja y sufre privaciones sin cuento para mantener en la opulencia a una minoría ociosa. Es hora de que acabe esta monstruosidad estúpida, y de que en un planeta en que superabundan la riqueza y las fuerzas productoras, no se contemple por más tiempo el espectáculo de infelices sin techo ni hogar, sin vestidos, sin alimentos. Mientras que la sociedad no asegure el bienestar para todos y haga circular ese bienestar como corre el agua en los ríos y se esparce el aire en el cielo y el calor del sol, no tendrá derecho a llamarse civilizada.

Y sobre todo, es preciso convencer a las personas sensibles que no sienten piedad más que por los verdugos e indignación más que contra las víctimas, que no hay que hacer aspavientos cuando estas, hartas de sufrir, ulceradas por un constante agravio, pierdan la paciencia y mucho menos hay que descubrir en las ideas altamente filosóficas proclamadas por Lluria (y que al cabo son las de los más nobles pensadores contemporáneos) una doctrina de odio y de guerra. Ciertamente, se puede y aún se debe odiar la incoherencia social y tratar de destruirla, pero no olvidando que los hombres, son, en último resultado, irresponsables de tales culpas, sometidos como están al determinismo de los hechos, a la influencia del medio que es el que hay que cambiar.

Y en cuanto a la guerra, no nos paguemos de palabras, no nos engañemos con apariencias. La culpa de todo reside en esta sociedad capitalista y autoritaria, en el poder del Estado, que, a causa de proteger la explotación del capital, hace posible tantos daños. A consecuencia de lo insuficiente de su alimentación y de la insalubridad de su trabajo, el 69 por 100 de los tejedores franceses contraen la tisis y mueren antes de cumplir los cuarenta y cinco años; en París, la ciudad de las luces, la promiscuidad del descanso de dos en el mismo lecho se impone a una legión de desgraciados de una serie de oficios, y eso hace que se propague el contagio de una multitud de enfermedades; los obreros del campo trabajan todavía de quince a diez y nueve horas diarias; las tres cuartas partes de las obreras se ven en la necesidad, por lo mezquino de su jornal, de entregarse sin amor, o bien a un hombre solo, que resulta su amo de por vida, o bien a todo el que se presenta por delante; generaciones de generaciones, de atrofiados y desequilibrados nacen de esa miseria y de esa prostitución; la tuberculosis es casi una enfermedad exclusiva de la clase proletaria... ¿Qué guerra habrá más terrible que ésta, sin tregua, sin armisticio, perpetua y bastante feroz que

la guerra que se hace a cañonazos? La decoración es lo único que cambia.

A extinguir esa guerra todos los instantes es a los que se encaminan los esfuerzos de los comunistas libertarios, los cuales lograrán ponerle fin cambiando la base económica de la sociedad. Cuando los intereses se hayan trocados de antagónicos en solidarios por la comunidad de la posesión, la paz reinará sobre la tierra. Y la ciencia, a condición, es claro, de ser socializada como la naturaleza, en vez de constituir, como al presente, el caudal único de la clase privilegiada, abrirá al hombre horizontes infinitos. Si las aplicaciones del vapor ha creado el gigantesco industrialismo del siglo XIX y han comenzado a transformar la superficie del globo, ¡que no hará la electricidad, que ha destronado el vapor! ¡Que no hará la radioactividad llamada a destronar la electricidad!

La máquina es el hada todopoderosa, que siendo la esclava del hombre, sin embargo, la emancipa. Descargando el trabajo, suprimiendo el esfuerzo muscular, elevará al proletario de la condición de bestia de carga a la dignidad de ser libre. En la sociedad futura, ya muy próxima, no habrá otros esclavos que las máquinas.

En medio de los combates, de las sacudidas, de los conflictos de la sociedad actual, nos encaminamos a ese fin. Los partidos políticos en lucha por la conquista del poder, pueden vociferar cuanto quieran y agitarse inútilmente; sus clamores son vanos y no han de prevalecer contra este hecho ineluctable; el mundo de la política se desmorona y el mundo del trabajo se edifica. Cuando este último haya alcanzado el desenvolvimiento al cual le requieren las leyes de la evolución, una simple sacudida le bastará para el triunfo, y el viejo organismo capitalista, maltrecho, arruinado, vacío de savia y de vida, convertido en una pura superfetación, caerá hecho polvo. Esa es la ley de la naturaleza que rige a todos los seres. ¿Pues que, la Humanidad es otra cosa que un ser colectivo en el que cada célula está representada por un individuo?. Esta idea tan sencilla y tan justa, al propio tiempo que tan grande, no la comprenden, se resisten aún a admitirla las clases privilegiadas y los cuerpos oficiales, cerrando obstinadamente los ojos a la luz. Favorecidos y defensores de un régimen social bárbaro, que crean el esplendor de los unos (los menos) a costa de la miseria de los otros (los más) que hacen fatales y necesarias las revoluciones, fingen identificar la alta y serena filosofía del comunismo libertario con los actos violentos de una guerra social, que es precisamente el comunismo el llamado a suprimir. Y es en nombre del orden, ¡del orden que reinaba en otro tiempo en Varsovia!, en el que persiguen y calumnian idea cuya realización acabará para siempre con los antagonismos de los seres humanos. ¡Qué importa. Tan imposible es extinguir una idea cuando responde a un desarrollo lógico de hechos, como imposible será apagar la luz del sol metiéndolo bajo un fanal.